

ENSAYO*

LAS IDEOLOGIAS POLITICAS Y SU HISTORIA

Por Antonio Elorza

Profesor adjunto de
Historia del Pensamiento
Político Espaol en
la Universidad Complutense

CUANDO en los aros treinta Karl Mannheim concreta las bases de una joven disciplina, la sociología del conocimiento, viene al propio tiempo a crear un ámbito de discusi3n te3rica entre dos posiciones antes enfrentadas en t3rminos estrictamente pol3ticos: el enfoque liberal de una historia de las ideas o del pensamiento concebida como sucesi3n de autores que elaboran en su propia esfera los conceptos y categor3as que integran el texto pol3tico, y el polo opuesto en que la génesis social de las ideas se identifica con el marxismo, doctrina revolucionaria de difícil asimilaci3n en los medios intelectuales

* BAJO la rúbrica de "Ensayo" el Boletín Informativo de la Fundaci3n Juan March publica cada mes una colaboraci3n original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto del tema general que se aborda a lo largo de doce meses. El tema elegido para 1975 ha sido la Historia.

En los boletines anteriores se han publicado: *La exposici3n en el campo de la Historia, nuevos temas y nuevas técnicas*, por Luis Suárez Fernández, catedrático de Historia Antigua y Media en la Universidad Aut3noma de Madrid; *Historia del Derecho e Historia*, por Francisco Tom3s Valiente, catedrático de Historia del Derecho en la Universidad de Salamanca; *Corrientes historiogr3ficas en la Espa3a contempor3nea*, por Jos3 Mar3a Jover Zamora, catedrático de Historia Universal Contempor3nea en la Universidad Complutense; *Demografía hist3rica*, por Felipe Ruiz Mart3n, catedrático de Historia Econ3mica en la Universidad Aut3noma de Madrid; *Historia de la ciencia e historia*, por Jos3 Mar3a L3pez Pi3nero, catedrático de Historia de la Medicina de la Universidad de Valencia; *Categor3as historiogr3ficas y periodificaci3n hist3rica*, por Juan Jos3 Carreras Ares, profesor agregado de Historia Contempor3nea en la Universidad de Zaragoza; *La biograf3a como género historiogr3fico*, por Carlos Seco Serrano, catedrático de Historia Contempor3nea de Espa3a de la Universidad Complutense; *Los nuevos métodos de Investigaci3n Hist3rica*, por Jos3 Angel Garc3a de Cort3zar, catedrático de Historia Medieval en la Universidad de Santiago de Compostela; *Historiograf3a y nacionalismo*, por Jorge Sol3 Tura, profesor adjunto de Derecho Pol3tico en la Universidad de Barcelona y *La ense3anza de la Historia en la Universidad*, por Antonio Eiras Roel, catedrático de Historia Moderna en la Universidad de Santiago de Compostela.

Al finalizar el aro estos trabajos ser3n recogidos en un nuevo volumen de la *Colecti3n Ensayos*, editada por la Fundaci3n Juan March en colaboraci3n con la Editorial Rioduero.

de los países industrializados. Claro que para el cambio en la consideración teórica de las ideas sociales, incluso dentro del marxismo, intervendrán otros factores que conviene siquiera enumerar: en primer término, el triunfo de los movimientos totalitarios, que prueba la existencia de disyunciones radicales entre las condiciones socio-económicas y el comportamiento político de las clases sociales (30, 26); sin olvidar el doble anquilosamiento, interno y mundial, del proceso revolucionario iniciado en 1917, quebrando el optimismo que presidía el uso de conceptos tales como la "ideología proletaria" en Lenin o la conciencia de clase descrita por Lukács; incluso cabría mencionar la ampliación considerable experimentada en el conocimiento de la obra de Marx, que puede simbolizar la propia edición completa de *La ideología alemana*, realizada por vez primera en 1932. Dentro y fuera del marxismo se inicia, pues, a partir de entonces, una nueva etapa en la discusión, que afecta tanto al establecimiento de la posición teórica de las ideologías en el sistema social como a sus posibilidades de conocimiento histórico. Lo cual, por otra parte, no significa que se hayan apagado los rescoldos del debate estrictamente político, vigente a pesar de las apariencias en justas de forma estrictamente filosófica: baste citar la sucesión de escritos contradictorios en los últimos diez años sobre "ciencia" e "ideología" que viene oponiendo a Louis Althusser y a Adam Schaff (y al primero consigo mismo).

Para el historiador de hoy, la consideración teórica de las ideologías en el sistema social sigue teniendo como punto de partida las observaciones, no siempre unívocas, del autor de *La ideología alemana*. No parece tener ya curso legal, en ninguna de sus versiones, la concepción según la cual la esfera de la conciencia social goza de una existencia propia, sin nexo alguno con sus condicionantes materiales o económicos. La cuestión es, pues, delimitar la naturaleza de esas vinculaciones entre las ideas y su contexto social, y en esta labor siguen siendo operativas las preguntas derivables de Marx: a) dado un sistema social, ¿qué enlace puede establecerse entre las relaciones de clase vigentes en el mismo y las explicaciones, sistemas de valoración y de racionalización que acompañan a las mismas? ; b) ¿cómo representa el nivel ideológico las formas de dominación ejercidas por la clase o clases dominantes? ; c) ¿por qué medios reproducen en el ámbito ideológico estas clases su dominación material?

Desde un primer momento, el enfoque marxiano excluye la perspectiva de una homología estricta entre los niveles económico-social e ideológico, que atribuiría a cada clase o grupo social una posición ideológica fija, esa especie de eti-

queta inalterable en que consisten las ideologías burguesa y obrera según su descripción por el marxismo vulgar. La dependencia de las relaciones de dominación ideológica respecto a las relaciones de clase se ve modificada por la presencia de una serie compleja de mediaciones que van desde los niveles de control de la producción ideológica a la relación con otras formaciones ideológicas, pasando por las modalidades de la intervención del Estado. Los hombres tienden a contemplar su situación (y su práctica) en el medio social de acuerdo con sus posiciones de grupo o clase; se constituyen así sistemas más o menos cerrados de racionalización de la práctica social que los individuos tienden a asumir de modo inconsciente. A estos agregados, que comprenden ideas y nociones sobre la realidad, actitudes religiosas y morales, juicios de valor, denominamos ideologías. En su génesis intervienen, pues, sucesivamente las relaciones de clase, el citado control de los medios de comunicación social, la intervención del Estado, las relaciones con otras formaciones ideológicas y, por fin, la capacidad de pervivencia de las ideologías correspondientes a situaciones sociales previas. En principio, el análisis de las ideologías en una sociedad requiere tomarlas en su articulación (procesos de dependencia, subordinación e influencia) dentro del conjunto que denominamos formación o nivel ideológico.

Ahora bien, afirmar la génesis social de las ideologías, describir sus rasgos formales, incluso fijar como referente fundamental las relaciones de clase, no representa sino una etapa inicial, con escasas repercusiones inmediatas para el análisis histórico. La indeterminación del propio concepto de ideología, y su correlato, un escaso desarrollo metodológico en que predominaban los enfoques intuitivos, generadores con frecuencia de un discurso ideológico de segundo grado, han sido factores convergentes a la hora de suscitar la desconfianza entre quienes trataban de elaborar una historiografía científica. De ahí la tendencia a suprimir la historia de las ideologías en cuanto sector histórico o, cuando menos, a buscarle una alternativa. Este es el papel que de modo creciente ha desempeñado, en los últimos años, la historia de las mentalidades.

Ideologías y mentalidades

La tendencia a sustituir el estudio de las ideologías, políticas o económicas, por la consideración de las mentalidades colectivas, ha sido puesta de relieve en los dos libros recientes de divulgación metodológica de más circulación entre nosotros.

En su *Metodología de la historia social de España*, Manuel Tuñón de Lara se centra exclusivamente en las mentalidades, preocupándose por la fijación de sus límites: "Se trata de insertar en la explicación total histórica la de las sensibilidades (o, mejor, sentimentalidades, como decía don Antonio Machado) al nivel de los grupos que constituyen una sociedad; las reacciones fundamentales de solidaridad, de hostilidad, de miedo, de cólera, de confianza, de seguridad o inseguridad, etc. Por así decirlo, la escala de valores de una sociedad (de sus grupos sociales, mejor dicho) es lo que se trata de conocer" (39, 136). Por su parte, al colaborar con el volumen *La historia* en la "Biblioteca Salvat de Grandes Temas", Josep Fontana reproduce la toma de posición que incluía la nota preliminar a su *Cambio económico y actitudes políticas*: "Y en cuanto a las actitudes políticas o a los planteamientos ideológicos, si recordamos que el sujeto de nuestra investigación es el hombre en sociedad, habremos de usar un utillaje metodológico que nos permita observar —e incluso medir, en los casos en que ello sea posible— la evolución de las mentalidades colectivas" (13, 6). Ambas citas convergen, pues, en la línea de reemplazar la historia de las ideologías por la de las mentalidades juzgando, por usar la metáfora que introduce Fontana, que se ha secado el pozo de los resultados positivos que cabía esperar de la primera, para integrar —en la misma línea que apunta Tuñón— "qué ocupaciones tenían, qué problemas les angustiaban, qué aspiraciones compartían" como preguntas del historiador, en lugar de la tradicional búsqueda de "generalizaciones que definen el pensamiento o la actuación de amplios grupos sociales, de clases enteras".

Lógicamente, esta orientación metodológica no es original de la nueva historiografía española. Iniciada por Lucien Fèbvre, la investigación sobre las mentalidades ha cubierto ya un largo recorrido, vinculado en buena parte a la escuela de los *Annales*, sin que esté claro que encarne los mismos propósitos de sustitución que observábamos en las líneas citadas de Fontana. Alguno de sus mejores representantes, como Georges Duby, utiliza con frecuencia ideologías y mentalidades como sinónimos. Sin embargo, no es menos cierto que en momentos definitorios —y pensamos en la elaboración del conjunto de especialidades abordadas en el volumen colectivo *L'histoire et ses méthodes*, con intervención del propio Duby—, el problema de las ideologías resulta pura y simplemente borrado en beneficio de esa alternativa inconfesada que resultan ser las mentalidades.

Las cosas pueden aclararse en buena medida con un regreso

a los orígenes. ¿Qué es lo que impulsa hacia 1930 a Lucien Fèbvre al citado giro metodológico? En primer lugar, la reacción contra el anacronismo que contempla en los trabajos de sus contemporáneos sobre ideas políticas, filosóficas o religiosas. Cada época —explicará en la presentación de su *Rabelais*— se fabrica mentalmente su representación del pasado histórico. A ello contribuye decisivamente el trabajo histórico sobre la figura aislada, forjando una imagen mediante la sucesión de unas citas que responden de forma inconsciente a la valoración que dicho investigador posee de antemano acerca del período “analizado”. La competencia del historiador surge así en el grado que sea capaz de sustituir el problema de su propia lectura de los textos, por la que se hizo en la época de su difusión. Se trata, en consecuencia, de desbordar el cuadro tradicional del análisis de las ideas, lo que a su vez parece requerir un cambio metodológico en profundidad. Hace falta incorporar nuevas técnicas, pero ello no es suficiente: la nueva consideración del proceso histórico requiere la intervención de un enfoque científico, que L. Fèbvre adscribe a la psicología social. Discípulo él mismo de Lévy-Bruhl (que en 1922 publica *La mentalidad primitiva*) y bajo la influencia de la aplicación extensiva que realiza Henri Wallon de esta mentalidad primitiva a la psicología infantil (1928), la categoría central de dicho enfoque centrado en el estudio del comportamiento colectivo es la de la mentalidad. Fèbvre explicará sus planteamientos en dos artículos, “Histoire et psychologie” (1938) y “Comment reconstituer la vie affective d'autrefois? La sensibilité et l'histoire” (1941), recogidos ambos en el volumen *Combats pour l'histoire* (1953).

Así, desde su nacimiento, la historia de las mentalidades fundía dos componentes heterogéneos. De un lado, la exigencia de romper con una historia de las ideas que, en el límite, se presentaba no sólo como sector historiográfico autónomo sino que, cargado de implicaciones subjetivas e ideológicas en su propia elaboración, extrapolaba su contenido hasta presentar generalizaciones supuestamente válidas respecto a períodos y sociedades determinadas. En definitiva, era el precio a pagar por una primera racionalización, más allá de la historia de acontecimientos, batallas y cambios de rey. Como superación, la historia de las mentalidades comportaba una ampliación decisiva del cuadro del análisis, convirtiendo la interpretación de los procesos históricos en un problema interdisciplinario en que la etnología, la psicología o la geografía se convierten en auxiliares indispensables. El problema de la

competencia científica del historiador se hace cada vez más complejo y del mismo modo que el conocimiento de Maquiavelo pasa, según ha mostrado Félix Gilbert, por el estudio en profundidad de la vida política florentina de la segunda mitad del XV y por el vocabulario político empleado por los distintos grupos sociales, el problema de las relaciones entre Iglesia y Estado en la España del Antiguo Régimen deja de ser un problema institucional, con algunas proyecciones ideológicas, para suscitar la gran interrogación sobre cuáles eran las formas de difusión doctrinal en los medios urbanos y rurales, cuál la mentalidad religiosa de las diversas fracciones del clero, cuáles en fin las connotaciones económicas, sexuales y políticas en torno a la práctica religiosa, las formas de religiosidad según las capas sociales, la actitud ante la muerte, etc.

Pero, en otro sentido, resulta menos clara la científicidad del propio concepto de "mentalidad" y la tendencia subsiguiente a efectuar, no una articulación, sino una sustitución de la historia de las ideologías. Problema que a su vez podría desglosarse en dos cuestiones: ¿hasta qué punto puede servir la noción de mentalidad para designar ese nuevo objeto del conocimiento histórico? y, ¿en qué medida es compatible con un enfoque del sistema social como compuesto de clases o grupos sociales situados recíprocamente en relaciones de dominación y conflicto?

La primera cuestión no es irrelevante, ya que la científicidad del concepto de "mentalidad" es puesta en entredicho en el propio ámbito científico de origen: la psicología. Como advierte Jacques Le Goff, la bibliografía más moderna prescinde del concepto de "mentalidad", salvo usos residuales en la línea mencionada de Wallon —la mentalidad infantil juzgada como asimilable a la de las comunidades "primitivas"—, que ha dejado de tener curso científico a partir de la crítica de Lévi-Strauss (22, 84). Esta objeción acerca de "la insuficiencia científica" del concepto es recogida y aceptada por investigadores "de las mentalidades", tales como Robert Mandrou que reciben la designación con una amplitud que termina por hacerla asimilable a la antigua noción de *Weltanschauung* o visión del mundo (7, 226).

Desprovistas, en consecuencia, de todo halo científico de procedencia ajena a la historia, las mentalidades siguen conservando operatividad para señalar como objeto del conocimiento histórico aquel conjunto de manifestaciones del comportamiento colectivo que desbordan y encuadran a la vez las representaciones articuladas que designamos con el nombre de ideologías. Aunque, una vez más, resulta más fácil precisar

su existencia a través de la negación (mentalidades vs. historia de las ideas) que engarzar ambos sectores del conocimiento. Puede aceptarse la inserción de las ideologías en un ámbito más general, según propone Bruhat para el movimiento obrero: "Queda lejos el tiempo en que el historiador se contentaba con una historia institucional (la de las organizaciones, sus congresos, sus resoluciones) o de una historia-batalla (relato de las huelgas) o de una historia ideológica (análisis de las diversas escuelas socialistas)... En adelante, ninguno de estos puntos de vista se ve abandonado, pero se va en busca de una historia total..." (7, 195). Pero no siempre la articulación de planos queda bien definida. El ámbito de las mentalidades parece corresponder a un más allá del cuadro de posiciones conceptualizadas en que se mueven las ideologías. Pero, ¿en qué medida las actitudes ante la muerte y el amor, o las posiciones religiosas de una colectividad no pueden corresponder al análisis ideológico, aun cuando éste habitualmente no abarque tales cuestiones? Con cierta seguridad, sólo puede decirse que el espacio de las mentalidades se distingue, en el orden metodológico, por la aplicación de técnicas interdisciplinarias en las cuales prevalece el enfoque psicológico social y que, cronológicamente, su rasgo es la *longue durée*. En todo momento, queda abierta la interrogación sobre la forma de articularse con la zona del conflicto, perteneciente a la formación ideológica del sistema social. La insuficiencia de las técnicas usuales de análisis del discurso ideológico, con las constantes reducciones y mutilaciones del objeto de dicho análisis, no son excusa suficiente para remitir al espacio homogeneizador de las mentalidades temas y aspectos derivados de la penetración de la ideología dominante o de las formas peculiares de comunicación en la sociedad considerada. Sin pretender la prolongación de un debate ya suficientemente confuso en la actualidad, nos parece que cuestiones como las aspiraciones o los sentimientos de la clase obrera, por marginadas que resulten de la historia ideológica concerniente a la misma, en sus realizaciones concretas, no son menos centrales a la hora de superar los esquematismos en el tratamiento del conflicto social, o de valorar la presión más o menos eficaz de la clase dominante.

En suma, si resulta enriquecedora la historia de las mentalidades, es por la nueva dimensión que confiere a los estudios sobre la "conciencia social", y por la exigencia que introduce de un trabajo interdisciplinario. No hay más que recordar los excelentes resultados conseguidos por Fèbvre, Duby, Mandrou, Vovelle, etc. para valorar positivamente su presencia. El riesgo consiste en la indefinición teórica que aún se mantiene

y en su posible utilización, a la vez novadora y conservadora, para borrar o disolver el nivel ideológico que traduce los fenómenos de enfrentamiento y dominación de grupos y clases en el marco del sistema social.

La escasa atención prestada hasta fecha muy reciente a la historia de las mentalidades por la historiografía española no autoriza la emisión de hipótesis fundadas sobre su evolución futura en nuestro país. De los dos historiadores citados en primer término, Tuñón de Lara todavía no ha contrastado en la práctica sus propósitos y Fontana, a la vista de sus últimas reflexiones sobre Fèbvre, acude al planteamiento antes que nada como medio de desahuciar la historia ideológica. En la línea francesa se mueve un breve ensayo de Reyna Pastor de Togneri y el trabajo más considerable, los dos volúmenes de *Estado moderno y mentalidad social* (1972), obra de José Antonio Maravall, sigue planteamientos metodológicos propios y carece por el momento de continuadores. Sin olvidar el trabajo de aquellos investigadores que, como Julio Caro Baroja, renuevan de forma casi constante la temática de la sociedad española del Antiguo Régimen, con estudios cuyo objeto —la religiosidad del XVII, las actitudes ante la Inquisición— pudieran situarse bajo la denominación de historia de las mentalidades, pero sin reivindicar de modo explícito tal calificación.

Las ideologías en el proceso de comunicación social

La renovación metodológica en el estudio de las ideas sociales pasa, en todo caso, por un decidido ensanchamiento del cuadro de análisis. El texto político deja de concebirse como una unidad aislada, para insertarse en la secuencia de la comunicación social; el análisis, temático o de contenido, se ve forzosamente acompañado por una serie de preguntas complementarias: ¿quién y en qué condiciones económico-sociales es el emisor de la ideología? ¿cuál es el nivel de interferencia del Estado en el proceso de producción ideológica? ¿qué medio (o medios) de comunicación social se utiliza(n) en su difusión? ¿cuáles son los grupos o clases sociales receptores de la emisión ideológica y qué lectura del texto se hallan en condiciones de hacer? Advirtiéndose que, según veremos, todo ello no borra, ni siquiera simplifica mínimamente, los problemas relativos a la interpretación del texto, cuya autonomía relativa de cara al análisis suscita de nuevo la exigencia de emplear unas técnicas de estudio capaces de marginar en lo posible la glosa apoyada exclusivamente en los

recursos de erudición o en el *esprit de finesse* del historiador.

En definitiva, se trata sólo de reconocer que la pregunta ¿qué ideología se transmite? debe insertarse en el circuito de la comunicación propia de una formación social. La tendencia a olvidar el problema del medio, utilizando como fuente única de selección la supervivencia del texto (lo que erróneamente privilegia a "la galaxia Gutenberg" y, dentro de ella, el libro) ha venido provocando anacronismos y desviaciones. Así, resulta erróneo contrastar la producción ideológica ilustrada, a través del "papel periódico" y del libro, con la alternativa del clero reaccionario, que sólo emplea excepcionalmente dichos medios y en cambio difunde oralmente sus ideas mediante el sermón, en las misiones, etc. o, en su calidad de contra-ideólogos, en denuncias al Santo Oficio, censuras encargadas por el mismo o por el vicario eclesiástico, etc. Análogamente, el estudio de las ideologías en la España liberal requiere un trabajo previo sobre la importancia relativa de libros, folletos y periódicos, para ponderar el alcance de los proyectos ideológicos concurrentes. No se trata de que la sociología del libro o del medio sustituya al análisis de contenido, sino de conseguir un máximo de precisiones en torno a la imbricación de las ideologías en los mecanismos de dominación económica y política, en cuanto a su génesis, y, sobre su recepción, juzgar en qué forma y con qué intensidad inciden sobre los diversos grupos sociales. Un ejemplo: al hablar del pensamiento federal no cabe situar en los mismos términos la acción del diario *La Igualdad*, con sus quince mil ejemplares diarios, que la de otros portavoces que, como *La Revolución Social*, por notables que fueran sus colaboradores, llegaban a un número de lectores incomparablemente menor.

El encuadre de las ideologías en el proceso de comunicación permite asimismo concretar el papel del Estado. Los estudios de historia de las ideas suelen tender a marginar la acción de la censura, cuyas dos modalidades (preventiva y represiva) condicionan en modo diferencial la producción ideológica. Directa o indirectamente, el aparato estatal tiende siempre a condicionar en beneficio propio la producción de signos dentro del sistema social. Las repercusiones de esta acción censoria no son, además, simplemente cuantitativas. Los sistemas de censura pueden excluir corrientes ideológicas *in toto*, sectores de las mismas (pensemos en la incidencia sobre las connotaciones morales de la censura religiosa) o códigos determinados. Al actuar, en cualquier caso, la censura afecta al medio de difusión ideológica empleado (así, la prohibición de una organización política hace que la emisión ideológica de la misma pase del periódico al panfleto o la hoja

volandera) e incluso al nivel lingüístico de la comunicación: son conocidos los efectos de una censura autoritaria sobre el vocabulario político. Todo ello conduce a integrar el funcionamiento de la censura en la problemática propia del estudio de las formaciones ideológicas, y no sólo como dato previo que explica unas determinadas presencias, ausencias o cortaduras significativas.

Además, según ha recordado recientemente Althusser, el Estado no sólo ejerce una función represiva sobre la formación ideológica; es también un sujeto activo, emisor de mensajes ideológicos mediante los cuales intenta consolidar su poder. Habitualmente, confiere este cometido a otras instituciones que se caracterizan por su vinculación indirecta al sistema de poder: son los "aparatos ideológicos de Estado", "cierto número de realidades que se presentan al observador inmediato bajo la forma de instituciones distintas y especializadas" (1, 27). En algunas ocasiones, como los medios audiovisuales de control estatal, la acción de estos AIE resulta transparente a los miembros del sistema social; en otros casos, como el sistema de enseñanza, tanto escolar como universitario, su carácter de AIE viene constantemente enmascarado por su propia definición ideológica en cuanto instrumento de aculturación, de servidor del progreso social, de culto a la ciencia, etc. El ámbito de los AIE puede abarcar, en consecuencia, desde una serie de instituciones para-estatales a otras estrictamente privadas (grupos religiosos, sindicales), dependiendo la catalogación de la naturaleza de las formaciones sociales. Se definen por su actuación, en el sentido de las ideologías legitimadoras del sistema que menciona el politólogo norteamericano David Easton (8, 274).

Por fin, el circuito de la comunicación ideológica se cierra con la recepción. El conocido hecho de la pluralidad de lecturas de que son objeto determinados autores (pensemos en Montesquieu, en Platón, incluso en el Marx humanista o "de los jesuitas") advierte sobre la plurisemia que puede introducir en un texto su consideración por grupos sociales diferentes. El caso de Montesquieu resulta ejemplar, por su claridad, dado que mientras su visión de la monarquía y de los poderes intermedios se constituyó en punto nodal de la ideología nobiliaria en la segunda mitad del XVIII, la división de poderes jugó un papel similar en una concepción liberal que había de contribuir a eliminar el orden de los poderes intermedios, la sociedad estamental. La ideología del receptor condiciona, pues, un proceso de significación para cuyo análisis se viene prescindiendo sistemáticamente de aquélla. Por una parte, en el sentido de la "conciencia posible" que plantea las

posibilidades de recepción de un mensaje ideológico: la opción en la década de 1870 de los trabajadores internacionalistas formados en la democracia socialista, entre Marx y Bakunin, podría ser una interrogación con respuesta clara desde esta perspectiva. En otro sentido, puede operarse una refracción sobre los contenidos de emisión —pensemos en la lectura totalitaria de Ortega—, e incluso una acción de respuesta capaz de modificar o reforzar en lo sucesivo la producción de signos por un emisor. La incidencia del abundante correo de lectores sobre una publicación anarquista como *La Revista Blanca* sería un buen ejemplo de esta influencia recíproca, analizable además en la medida que ha sobrevivido parcialmente el archivo del quincenario de la familia Urales. Un papel similar cabría atribuir a la reacción de organizaciones, grupos censurantes, subidas y descensos bruscos en la entidad cuantitativa de la recepción, etc.

De acuerdo con lo anterior, la reconstrucción del proceso de comunicación ideológica comprendería, como mínimo, las siguientes fases: a) proceso de emisión: vinculación del emisor con las relaciones de clase y con los grupos sociales, informales u organizados; contexto ideológico de la emisión; rasgos propios del sujeto, individual o colectivo, de la misma; b) análisis del medio: configuración técnica y económica de los *media* en la formación social, naturaleza del medio empleado y cuantificación que permita estimar su alcance; c) intervención del aparato estatal, tanto en calidad de instancia de control de la producción ideológica como en cuanto sujeto de la misma a través de los aparatos ideológicos de Estado, y, en fin, d) proceso de recepción: composición de los grupos sociales que reciben la comunicación, valoración de sus reacciones explícitas y de la incidencia de la ideología transmitida, posible retroacción sobre el emisor. Advirtiendo que los resultados globales sólo podrán estimarse mediante la ponderación de lo que dicha comunicación ideológica representa en el marco de la formación ideológica de la sociedad.

Por supuesto, el estudio de las ideologías resulta más complejo que en la perspectiva tradicional; más aun, si tenemos en cuenta que, dada la autonomía relativa con que el historiador considera al texto ideológico, es sobre éste que debe tener lugar la renovación metodológica fundamental.

Hacia una nueva lectura

Ahora bien, no se trata sólo de tomar en consideración el conjunto de mediaciones que afectan a la difusión de las ideologías. También el mecanismo de aproximación al texto

viene sufriendo transformaciones motivadas por las limitaciones del enfoque tradicional, temático o de contenido. ¿Cómo analizar un "corpus" ideológico de grandes dimensiones, del tipo de una campaña electoral o la producción teórica de una organización política a través de su prensa? ¿por qué no aplicar al discurso político las técnicas procedentes de otras áreas científicas más desarrolladas? No es casual que la aproximación de historiadores como Régine Robin a la lingüística haya tenido lugar a partir de las dificultades encontradas en una investigación concreta (en el caso mencionado, los "cahiers de doléance" previos a la revolución de 1789). Las dimensiones del objeto de análisis sugieren, por una parte, un empleo creciente de técnicas estadísticas, lo que además representa una adecuación a la tendencia general de la historiografía científica reciente. Por otra parte, la afirmación científica de la lingüística y sus fructíferas aplicaciones al estudio de los textos literarios parecía ofrecer una solución posible. "¿Por qué el discurso —se pregunta Robin—, la forma en que los hombres en sus prácticas, pertenecientes a grupos sociales definidos, en situaciones precisas, se definen y definen el mundo, su historia, sus relaciones, la forma en que expresan todo eso en su lengua con las palabras que son suyas desde el neologismo hasta el estereotipo, las figuras de los estilos que afectan, las metáforas que a pesar suyo se les imponen, los giros sintácticos que utilizan de forma recurrente, por qué esto no constituiría con pleno derecho un sector de la Historia?" (34, 4).

Aunque, como veremos, persisten serias dificultades, la conexión entre el análisis lingüístico del discurso y el estudio de las ideologías encuentra asimismo una apoyatura teórica. A pesar de sus ambigüedades metodológicas, el intento de explicar una sociedad a partir del vocabulario empleado en la misma había apuntado las posibilidades de aplicación del "campo lexicológico" al conocimiento de las estructuras mentales de una sociedad (vid. Matoré, núm. 27). Con mayor rigor crítico, reconociendo la equívocidad de los análisis basados en la separación de la palabra y del contexto en que es empleada, pero también la exigencia de quebrar la transparencia aparente del texto y el recurso a la articulación intuitiva de temas y citas, el Centro de lexicología política de Saint-Cloud propició en la década pasada una serie de análisis basados en los campos semánticos. En pocas palabras, podría describirse el procedimiento diciendo que su objeto era reconstruir las redes de relaciones (de calificación, asociación, oposición, equivalencia, acción de y acción sobre) en torno a los conceptos claves del vocabulario de un autor político. El

resultado consistía en la obtención de precisiones que escapan a la glosa tradicional, pero dentro de una extrema pobreza en cuanto a las conclusiones, ya que el objeto de análisis es el vocabulario, pero no el discurso. Y, según hizo ver Marcellesi en su examen del empleo del término "socialismo" en el Congreso de Tours (escisión del comunismo francés, en 1920) la presencia de técnicas de captación y de enmascaramiento en el discurso político constituye una seria objeción para todo enfoque de base cuantitativa que margine los procesos de significación.

De ahí el recurso alternativo al análisis de enunciados. Su fundamentación teórica se encuentra en los textos sobre el análisis transformacional de Z.S. Harris, publicados a partir de 1952: primero, la tendencia a reducir todo enunciado concreto a una fórmula algebraica —del tipo SN (sintagma nominal) + SV (sintagma verbal), etc.—, concibiendo la estructura de una lengua como la transformación de un conjunto de frases-núcleos (*kernel-sentences*), y, segundo, considerar la existencia de un nexo indisoluble entre el proceso de significación y los enunciados que lo comunican, relación que aparece de forma privilegiada en el encadenamiento del discurso, entendido como secuencia de frases susceptibles de someterse a las reglas transformacionales citadas. El planteamiento de Harris ha dado lugar a experiencias de investigación del tipo de las que recoge periódicamente *La Nouvelle Critique* (con una culminación en el número especial sobre el lenguaje de la Comuna de París) y, sobre todo, al mencionado estudio socio-lingüístico de J.B. Marcellesi en torno al Congreso de Tours. El contraste positivo de las técnicas transformacionales no deja, sin embargo, resuelto el interrogante relativo a la significación subyacente al proceso de enunciación analizado. El lingüista devuelve al historiador los problemas de interpretación global del proceso ideológico que conduce a la escisión comunista, pero con notables precisiones: hay una notable uniformidad en el vocabulario empleado por las tendencias opuestas, son frecuentes los fenómenos de captación y enmascaramiento respecto a la ideología rival, no hay trazas del idioma propio que luego se ha atribuido reiteradamente a los partidos comunistas (26, 204-7).

En la misma línea progresiva habría que situar las investigaciones estadísticas tendentes a establecer sistemas de correlación entre diversos "corpus" ideológicos que *a priori* se supone emparentados. Con el limitado propósito de reconocer asociaciones y distancias entre formaciones discursivas (caso del estudio de Maurice Tournier sobre las peticiones obreras en la revolución de 1848), tiene la virtud de resolver

un problema sobre el que los tratamientos cualitativos operaban sólo en el caso de campos reducidos. No es, por otra parte, cuestión de reproducir aquí la reseña que sobre las investigaciones más recientes el lector puede encontrar en el libro de R. Robin, *Histoire et linguistique*, verdadero manual de iniciación para el historiador interesado en la aplicación de dichas técnicas. Sin embargo, convendrá mencionar siquiera una investigación posterior a la salida del mismo, *Des tracts en mai 68*, intento de análisis exhaustivo de la oleada de panfletos producida por la revuelta universitaria de mayo del 68 en Francia. El trabajo presenta asimismo el aspecto novedoso de combinar la acción de dos equipos, uno de la Escuela Normal Superior de Saint-Cloud y otro de la Universidad de Lyon II, que establecen en una extensa introducción los fundamentos teóricos de un análisis cuya primera fase, de análisis lexicométrico, correspondió al primer grupo mencionado, en tanto que el segundo emprendía un ensayo más ambicioso de análisis de las categorías empleadas por los diversos grupos actuantes en mayo, buscando a través de la formalización y de la cuantificación el rigor científico de que carecen los tradicionales análisis de contenido. Los resultados son especialmente positivos en lo que se refiere a fijar la estructura de las ideologías actuantes, sustituyendo la tendencia a la bipolaridad típica del análisis intuitivo por un conjunto notablemente complejo de relaciones en que es posible insertar los aspectos diacrónicos. "Mientras que el acontecimiento es maniqueo —resume el equipo de Lyon II— (produce el rechazo de un antagonismo en el momento mismo en que hace aparecer otro) la estructura es polisémica o, si se nos permite forjar el término, poli-antagonista." (42, 481).

En un orden exclusivamente teórico, la necesidad de enlazar el análisis del discurso y el de las ideologías se establece a través del concepto de connotación. Supuesto que la ideología aspira a constituir una interpretación coherente de la realidad, enmascarando las contradicciones internas y los intereses de clase o grupo que subyacen a la articulación de sus proposiciones, su análisis exige la superación (desmistificación, desestructuración y recomposición) de un contenido manifiesto que se ofrece como objeto para alcanzar su verdadero significado. Esto implica, siguiendo la argumentación de Barthes en sus *Elementos de semiología*, tomar el nivel de las proposiciones explícitas de la ideología (plano de la denotación) como plano de expresión o significante que determina un plano de contenido en segundo grado, o significado (plano de connotación), el cual corresponde explicitar al investigador. Como escribe Robin: "Un primer nivel está constituido

por el signo (significante y significado) del término de la lengua objeto, es el nivel de la denotación, del mensaje explícito. Más allá, este signo funciona como un significante y, desprendido respecto al primer nivel, se produce un significado, el significado de connotación. Significante y significado de este segundo nivel producen el signo mítico o ideológico" (32, 28 y 3, 130-1). Puede así definirse con Barthes la ideología como la forma, en el sentido de Hjelmslev, de los significados de connotación.

Por el momento, las enseñanzas prácticas, en el orden de la investigación, de estos supuestos teóricos están lejos de definirse. Para comenzar, aun aceptando con Eco concebir la ideología como connotación de connotaciones, o eslabón final de la cadena de connotaciones, cada una de éstas implica la puesta en juego eventual de un complejo de unidades culturales que son las que, en último término, precisan el significado poniendo en acción una serie de códigos de naturaleza extralingüística (9, 92). Por otra parte, viene a sumarse a esta limitación el reducido ámbito de los trabajos de base estadística o análisis de enunciados que hemos descrito. Quedan en pie las exigencias teóricas de desbordar en todo caso el nivel de la denotación, yendo hacia un conocimiento formalizado de las estructuras ideológicas para el cual, dado el nivel metodológico actual, el estudio de los campos semánticos y la aplicación de categorías como la de infracción del orden, provenientes del análisis literario (Todorov) pueden compensar la insuficiencia de los estudios temáticos o de contenido, todavía indispensables.

Nota final

A modo de última etapa, podemos considerar brevemente hasta qué punto la problemática anterior afecta a la investigación histórica en España. Hay que tener en cuenta la gravitación sobre la misma, y de modo muy especial en el plano de la historia del pensamiento, de una evolución política cuyo dramatismo no es ahora ocasión de destacar. En estas circunstancias, el patrón dualista trazado hace un siglo por Menéndez y Pelayo en su *Historia de los heterodoxos* llevaba trazas de perpetuarse, con la esterilidad consiguiente. Los movimientos de opinión iban reflejándose incluso en el vaivén de los temas: de la lógica preferencia por el llamado Siglo de Oro en los años cuarenta y cincuenta, fue dándose una transición paulatina a la rebusca de liberales, especialmente intensa en la segunda mitad de los sesenta (recordemos los Clásicos de Editorial Ciencia Nueva, el renovado interés por el krausismo), para ceder paso a partir de entonces a una atención

preferente a los temas relacionados con el movimiento obrero. Las investigaciones mejoraban, entre tanto, si bien casi siempre a nivel monográfico. Como punto de partida podrían señalarse dos obras dispares en temática y metodología, pero situadas ambas en referencia a un magisterio intelectual de Ortega iniciado antes del 36: *La teoría española del Estado en el siglo XVII* (1944), de José Antonio Maravall y *El liberalismo doctrinario* (1945), de Luis Díez del Corral. Sin apenas continuidad en el segundo autor citado, el esfuerzo investigador del primero ha venido salpicando de títulos el rosario, relativamente reducido, de estudios de primera magnitud sobre las ideologías políticas en la España moderna y contemporánea. Citemos unas cuantas obras, que sirven asimismo para destacar el carácter individual y la orientación monográfica de las investigaciones: *El pensamiento político del despotismo ilustrado* (1957) de Luis Sánchez Agesta, *Los orígenes de la España contemporánea* (1959) de Miguel Arto la, *Las Comunidades de Castilla* (1963), del propio Maravall, los diversos estudios sobre el Barroco de E. Tierno Galván, *Catalanisme i revolució burgesa* (1967) de Jordi Solé Tura, indicio con los trabajos coetáneos de Blanco Aguinaga y Rafael Pérez de la Dehesa de un relativo rejuvenecimiento, incluso en cuanto a temas y fuentes, que será la norma en años sucesivos, con títulos destacados como *Los orígenes del pensamiento reaccionario* (1971) de Javier Herrero, *Filosofía y política en Julián Besteiro*, de E. Lamo de Espinosa, etc. En conjunto, el incremento numérico de las investigaciones publicadas no se ha traducido aún en ninguna síntesis de calidad, ni en la necesaria superación de cierto tradicionalismo metodológico, producto de las tardías "puéstas al día" bibliográficas de los años 60. No deja de ser significativo que la primera incursión en profundidad en la historia de las mentalidades corresponda a un miembro de la vieja generación (vid. supra). Por todo ello, sigue siendo decisivo el peso de la aportación exterior, minoritaria por parte de la generación del exilio en trance de extinción, fundamental en el trabajo de los hispanistas que, como Bataillon, Vilar, Salomon o Herr acompañan la labor investigadora de una actualización de métodos no siempre presente en los medios universitarios españoles. Estos se ven afectados también, en lo que concierne a los estudios históricos sobre la ideología política, por una proliferación de esfuerzos individuales, sin programación ni coordinación, y con un grado de presión física sobre las fuentes de que es buen indicador el elevado desgaste sufrido en la última década por nuestros fondos hemerográficos.

A fin de cuentas, este desordenado interés hacia los estudios históricos, descontando sus secuelas negativas (destrucción de fuentes, esfuerzos malgastados), es al mismo tiempo un reflejo y una nota de optimismo sobre un fondo de relaciones sociales y políticas cuyos rasgos no es de nuestra competencia analizar.

Bibliografía

Incluimos las obras utilizadas en la preparación de este ensayo. Las citas en el texto corresponden a aquéllas, respondiendo la primera cifra a la relación que sigue, y la segunda a la página de referencia.

- (1) ALTHUSSER, Louis: *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Ed. Nueva Visión. Buenos Aires, 1974.
- (2) ALTHUSSER, Louis: *Pour Marx*. Ed. Maspéro. París, 1966 (hay trad. esp., Ed. Siglo XXI, "La revolución teórica de Marx").
- (3) BARTHES, Roland: "Eléments de sémiologie", en *Communications*, núm. 4, 1964 (hay trad. esp.).
- (4) BRUHAT, Jean: "Mouvement ouvrier, histoire, sciences sociales", en vol. colectivo núm. 7.
- (5) BURGELIN, Olivier: "Censure et société", *Communications*, núm. 9, 1967.
- (6) DUBY, Georges: "Histoire des mentalités", en *L'histoire et ses méthodes*. La Pléiade. París, 1961.
- (7) DUBY, Georges: "Histoire sociale et histoire des mentalités", en vol. colectivo *Aujourd'hui l'histoire*. Editions Sociales. París, 1974.
- (8) EASTON, David: *A Systems Analysis of Political Life*, John Wiley & Sons, 1965. Citamos por trad. fr. *Analyse du Système politique*, A. Colin. París, 1974.
- (9) ECO, Umberto: *La struttura assente*. Bompiani. Milán, 1968.
- (10) FAYE, Jean-Pierre: *Langages totalitaires*. Hermann. París, 1972. (Hay trad. esp., Ed. Taurus.)
- (11) FEBVRE, Lucien *Combats pour l'histoire*. París, 1953.
- (12) FEBVRE, Lucien: *Le problème de l'incroyance au XVI^e Siècle*. París, 1942. Ed. Albin Michel (2.^a ed., 1968).
- (13) FONTANA, Josep: *Cambio económico y actitudes políticas*. Ed. Ariel. Barcelona, 1973.
- (14) FONTANA, Josep: *La Historia*. Ed. Salvat. Barcelona, 1974.
- (15) GABEL, Joseph: *Idéologies*. Ed. Anthropos. París, 1974.
- (16) GLUCKSMAN, Christine: "Sur la relation littérature et idéologies", en *Littérature et idéologies*, Coloquio de Cluny, París, 1970.

- (17) GOLDMANN, Lucien: *Sciences humaines et philosophie*. Gonthier. Par3s, 1966.
- (18) GUILBERT, Louis (et al.): *Exp3riences de langage de la Commune de Par3s*. Ed. Sociales. Par3s, 1971.
- (19) HARNECKER, Marta: *Los conceptos fundamentales del materialismo hist3rico*. Ed. Siglo XXI. 26.^a ed. M3xico, 1974.
- (20) HARRIS, Z.S.: *Discourse Analysis*, en *Language*, n3m. 28, 1952.
- (21) HOROWITZ, I.L. (ed.): *Historia y elementos de la sociolog3a del conocimiento*. Eudeba, dos vols. Buenos Aires, 1964.
- (22) LE GOFF, Jacques: "Les mentalit3s. Une histoire ambigu3", en J. Le Goff y P. Nora, *Faire l'histoire. Nouveaux objets*. Ed. Gallimard. Par3s, 1974.
- (23) MANDROU, Robert: *Introduction 3 la France moderne, 1500-1640*. Albin Michel. Par3s, 1961 y 1974.
- (24) MANNHEIM, Karl: *Ideolog3a y utop3a*. Aguilar. Madrid, 1958.
- (25) MARAVALL, Jos3 Antonio: *Estado moderno y mentalidad social*. Ed. Revista de Occidente, dos vols. Madrid, 1972.
- (26) MARCELLESI, Jean-Baptiste. *Le Congr3s de Tours. Etudes sociolinguistiques*. Le Pavillon, Par3s, 1971.
- (27) MATORE, Georges: *Le m3thode de l3xicologie*. Didier. Par3s, 1953.
- (28) PASTOR DE TOGNERI, Reyna: *Conflictos sociales y estancamiento econ3mico en la Espa3a medieval*. Ariel. Barcelona, 1973.
- (29) POULANTZAS, Nicos: *Pouvoir politique et classes sociales*. Masp3ro. Par3s, 1968. (Hay trad. esp., Ed. Siglo XXI).
- (30) POULANTZAS, Nicos: *Les classes sociales dans le capitalisme aujourd'hui*. Du Seuil. Par3s, 1974.
- (31) REICH, Wilhelm: *Psicolog3a de masas del fascismo*. Ayuso. Madrid, 1972.
- (32) ROBIN, R3gine: *Histoire et linguistique*. Mouton. Par3s, 1973.
- (33) ROBIN, R3gine: "Id3ologie et bourgeoisie avant 1789", en n3m. 7.
- (34) ROBIN, R3gine: "Langage et id3ologies", en *Le Mouvement Social*, oct.-dic. 1973.
- (35) SALOMON, No3l: *Creaci3n y p3blico en la literatura espa3ola*. Castalia. Madrid, 1974.
- (36) SCHAFF, Adam: "La d3finition fonctionnelle de l'id3ologie et le probl3me de la fin des id3ologies", en *L'homme et la soci3t3*, n3m. 4, 1967.
- (37) SCHAFF, Adam: *Structuralisme et marxisme*. Anthropos. Par3s, 1974.
- (38) TODOROV, Tzvetan: *Litt3rature et signification*. Larousse. Par3s, 1967.
- (39) TUÑON DE LARA, Manuel: *Metodolog3a de la historia social de Espa3a*. Ed. Siglo XXI. Madrid, 1973.
- (40) VIDAL, Daniel: *Essai sur l'id3ologie*. Anthropos. Par3s, 1971.
- (41) VIGNAUX, Georges: "Le discours argument3 3crit", en *Communications*, n3m. 20, 1973.
- (42) Varios autores: *Des tracts en mai 68. M3sures de vocabulaire et de contenu*. Fond. Nat. Sc. Politiques & Armand Colin. Par3s, 1974.